

“Acá te contamos como una colaboradora más”

El acceso a una institución de resguardo enciclopédico de una ciudad media

Keheyán, Karen - Facultad de Arte, UNICEN-CONICET –
karengkeheyán@gmail.com

Resumen

En este trabajo reconstruiré el acceso a una institución de una ciudad media bonaerense que se aboca a la conservación y difusión de un acervo cultural enciclopedista. Esta institución constituyó el referente empírico que sentó los comienzos del trabajo de campo etnográfico de mi investigación en el período comprendido entre abril y diciembre de 2015. El propósito es desandar parte del recorrido allí realizado para introducir una dimensión vivencial del ingreso al campo partiendo de distintos momentos: los primeros acercamientos en búsqueda de material bibliográfico y mi posterior desempeño como voluntaria del lugar, es decir, como ayudante en tareas de resguardo enciclopédico. Sobre la base de algunos registros etnográficos, busco introducir una vinculación entre el concepto de reflexividad y el proceso de objetivación que atañe a una tarea específica de la labor antropológica. En términos amplios, me propongo abrir nuevos interrogantes sobre cómo se viven ciertas instancias de registro para problematizar la incidencia del rol del investigador/a en la construcción de conocimiento antropológico.

Palabras clave: reflexividad, labor antropológica, proceso de objetivación

Introducción

En este trabajo me propongo reconstruir el acceso a una institución que forma parte del patrimonio urbanístico y cultural de una ciudad media bonaerense. Sobre la base de algunos registros etnográficos del período comprendido entre abril y diciembre de 2015, busco mostrar una dimensión vivencial del trabajo de campo partiendo de distintos momentos: los primeros acercamientos orientados a la búsqueda de material bibliográfico y mi posterior desempeño como voluntaria del lugar, es decir, como ayudante en tareas de resguardo enciclopédico.

El proceso de investigación que antecede y sustenta a este trabajo se centró en el estudio de *lo cultural*¹ como *imagen-marca* (Mons, 1992) de un proceso de emblemización urbana. Una pregunta paralela a la construcción del objeto de estudio fue: ¿cuál podría ser un referente empírico pertinente para encauzar una búsqueda sobre la invocación cultural como elemento distintivo? La opción inicial sería establecer un acercamiento a la institución que emblemiza al patrimonio cultural: una entidad sin fines de lucro donde, además de asegurar su resguardo, conservación y difusión, se ofrece un servicio de consulta bibliográfica popularmente conocido como de hemeroteca.

Para desarrollar el eje propuesto, la ponencia se estructura en tres partes. En la primera, vuelco algunos registros con el objetivo de mostrar el acceso a la institución mencionada y contextualizar la necesidad de socializar una reflexión sobre la dimensión vivencial del trabajo de campo. En la segunda, recupero el concepto de reflexividad para introducir un intento de objetivación del campo *vivido* cuando evidencia una interpelación a la labor antropológica, partiendo de algunos aspectos de mi experiencia. Por último, abro nuevos interrogantes sobre esa instancia de registro empírico en pos de problematizar la incidencia del rol del investigador/a en la construcción de conocimiento antropológico.

Acceso al “campo”²

“Melia Culta”³ es una Casa-Museo abocada al resguardo de colecciones

¹ Aquí se hace referencia al sentido restringido o iluminista del concepto de cultura.

² Recupero la definición del “campo” como una “*conjunción entre un ámbito físico, actores y actividades*” (Guber, 2004:47).

literarias que han sido ponderadas de manera oficial como un “bien cultural” de una ciudad. Si tuviera que caracterizarla en pocas e ilustrativas palabras, invitaría a invocar la imaginación: se trata de una entidad privada de estilo arquitectónico ecléctico compuesta por más de cinco salas que alojan bibliotecas de ostentosa altura y grosor, juguetes de madera, esculturas, vitrinas, pinturas y, principalmente, libros de temáticas diversas, desde literatura universal hasta volúmenes de idiomas. Un aire al siglo XIX, dicen sus aficionados. La prolijidad con que está dispuesto ese delicioso banquete libresco es destacable, también lo es por la limpieza que denota. Pero el secreto de su conservación se siente en el propio cuerpo: poca luz y mucho frío. Las ventanas se abren en esporádicas ocasiones, y la luminosidad, cuanto más escasa sea, mejor. Los libros bajo penumbras se ven más atractivos.

Pese a haber leído el nombre de la casa en algún diario o de saber que es una institución destacada del patrimonio cultural local, nunca me había acercado. Como nativa de una “Ciudad Cultural”, el hecho de no haber sentido curiosidad previa por ese lugar me interpelaba. Pero esa pregunta interior (¿por qué no había ido antes?) despertó una inmediata decisión: mi primera visita estaría orientada a conocer la historia que allí se cuenta, pero, sobre todo, a quienes la narran. Al desconocer el lugar, no podía prever con quién/es iba a encontrarme, porque no tenía del todo claras mis expectativas. La notable perplejidad de mi primera “salida al campo” se manifestó en forma de preguntas: ¿hacia dónde voy?, ¿haré entrevistas?, ¿optaré por observar, participar, o ambas cosas? Y en una pretensión quizá más ambiciosa: ¿formaré parte del lugar que elegí conocer?

En abril de 2015 me acerqué por primera vez, con mi timidez a cara lavada. Ni desalineada, ni “de pinta”, friolenta y expectante, con ropa cómoda y abrigada. Toqué timbre y esperé que alguien se acercara a la puerta. Esta no es una aclaración menor: el acceso no está librado a la voluntad individual, sino que debe ser permitido por algún integrante de la casa. Por eso, al tocar timbre y asomarme a un hall de ingreso, me mantuve a la espera frente a la puerta principal mientras observaba un enorme cartel que anunciaba eventos venideros. Finalmente, se acercó un hombre de unos setenta años que vestía camisa a cuadros con chaleco, jeans y zapatillas. Tras un sonriente “hola”, esperó que me presentara mientras sostenía el picaporte con una de sus manos. Con curiosas

³ Este es un nombre ficticio.

ansias (¿sería factible el ingreso?) y una sonrisa apenas esbozada en mi rostro, acudí a una peculiar carta de presentación: la de estudiante de Antropología Social en busca de material bibliográfico.

Al ingresar, mi mirada se perdió en un primer pantallazo del lugar que no llegó a ser más que eso, pues el recorrido que nos llevaba hacia la sala de la hemeroteca era corto y también fue fugaz. Una vez allí, me encontré con hombres y mujeres de edades que oscilaban entre “veintipico” y setenta años. En sus vestimentas predominaban camisas a cuadros, chalecos, pantalones de corderoy y jeans, zapatos y zapatillas deportivas. El vistazo general daba cuenta de algunos looks “sport”, y otros más o menos “formales”. Se trataba de los/as integrantes de la casa, en su mayoría jubilados de sus respectivas ocupaciones laborales que se autodefinían como “voluntarios” o “colaboradores”⁴; es decir, que realizaban tareas de resguardo del patrimonio cultural y mantenimiento de la estructura edilicia pese a no recibir una retribución económica. Algunos permanecían de pie mientras leían emblemáticos diarios locales de siglo XX (los anfitriones de la sala) y otros conversaban entre sí o compartían alguna noticia vista en esos mismos diarios.

En esa primera visita, me presenté ante los integrantes y les pregunté por sus actividades: qué hacían allí, de qué modo y quiénes solían visitar la casa. Por momentos las respuestas eran fugaces porque cada uno estaba concentrado y ocupado en alguna tarea. La quietud quedaba relegada sólo a los enormes tomos de diarios, puesto que los voluntarios iban de un lado hacia otro, de sala en sala. Eso despejó una primera curiosidad: la lectura no era el único foco de atención, lo era también la visita guiada como actividad exclusivamente museística, cuyos destinatarios solían ser visitantes provenientes de otras ciudades y/o países, o contingentes escolares que las solicitaban con anticipación. Y, de vez en cuando, una variopinta propuesta de eventos que condensaban distintas manifestaciones artístico-culturales: conciertos, muestras fotográficas, ciclos de lectura, cine, etc.

Estando en el espacio de la hemeroteca, solicité material sobre el perfil cultural de la ciudad. Un voluntario dirigió su mirada hacia un mueble donde se situaban cajas azules prolijamente ordenadas y etiquetadas para discernir la información correspondiente a distintos temas. Buscó lo que consideró que podría servirme y no tardó en dármelo. Luego, me invitó a tomar asiento en una sala aledaña a la hemeroteca,

⁴ Los conceptos de “voluntario” y “colaborador/a” son utilizados como sinónimos.

donde había una mesa mediana, una computadora en un rincón, y varios tomos dispuestos en una estantería. Mientras leía páginas de diario sueltas o fotocopias, pensaba no sólo en esta primera visita, sino en las que vendrían. Si bien la hemeroteca abría sus puertas a quien deseara obtener material bibliográfico y yo no era más que otra curiosa, había una pequeña diferencia: lo que buscaba no necesariamente iba a brindármelo un libro o un diario, sino las voces de los actores.

Transcurridas unas semanas, regresé y me reencontré con un escenario similar: libros bajo penumbras, las persianas de las salas bien bajas, casi como si no se hubiesen tocado, y el ambiente frío. La sala de lectura y una cálida bienvenida por parte de los voluntarios, una vez más. Lejos de desaparecer, las preguntas que me había hecho en los comienzos me invadieron otra vez, sumando otras: ¿qué hago acá? o ¿qué es lo que debo hacer? Esa nebulosa aparecía porque sentía aquietarme en un “no saber qué hacer” permanente que se trasladaba a mi disposición corporal, como si también hablara por mí y por mis intenciones: no sabía si tomar asiento, permanecer de pie, conversar con alguien, recorrer las salas o leer.

En junio⁵, luego de varias visitas, esas dudas parecían esfumarse de a poco, aunque no anulaban cierta incomodidad en mí cuando observaba a los integrantes de la casa en actividad mientras curioseaba de sala en sala sin saber qué hacer. Ahí me di cuenta de que era precisamente eso lo que me incomodaba: no ocuparme de alguna tarea como lo hacía el resto. En ese momento, no problematicé si me ocurría por sentir que debía embarcarme en alguna actividad para no ser una “chusma” que lo único que hacía era observar, o si estaba despertando un entusiasmo personal por el lugar. Sin embargo, en esa encrucijada habitaba la clara certeza de que ambos pensamientos me atravesaron casi como una preocupación a futuro, teniendo en cuenta la voraginosa incertidumbre del día a día.

En el desenvolvimiento habitual de las tardes, un voluntario de unos casi setenta años, amable y risueño, remendaba algunos libros colocándoles nuevas etiquetas en reemplazo de otras un poco gastadas. Le consulté si podía ayudarlo, emprendí esa misma tarea, y en un lapso breve culminé con una serie de volúmenes que conformaron

⁵ Este salto temporal se debe al intento de síntesis que intento mostrar sobre el acceso inicial a la institución y mi posterior conversión en voluntaria. Por motivo de extensión del trabajo, he seleccionado sólo algunos fragmentos de campo desde los cuales procuro reconstruir lo más fielmente posible el registro etnográfico.

la primera fila de los remendados. Mientras lo hacía, quienes presenciaban la sala (mayoritariamente hombres) leían, conversaban, tomaban mate o café y me sumaban a sus charlas. Hablaban sobre música o alguna que otra noticia de esos viejos diarios que acaparaban toda su atención. De fondo, jazz a un volumen lo suficientemente sutil como para que acompañara, pero no entorpeciera la lectura. En medio de este panorama, una intervención del voluntario con quien más conversaba durante las tardes de apertura de la casa: *“Ahora que está Karen lo vamos a hacer más rápido. Mirá, acá ponemos el primero tuyo...”* (Registro de campo, 68, abogado jubilado, 2015). Tomó el primer volumen modificado por mí, lo colocó en la primera fila del mueble correspondiente, regresó a su lugar y continuó con otros.

La “impresión” que los integrantes del lugar habían construido sobre mi presencia me resultaba un misterio. Pero, ante cualquier conjetura, era claro que la aparición de alguien que deseara colaborar con las tareas cotidianas era más que bienvenida y el libro remendado por mí representaba el comienzo de algo nuevo. Las visitas como estudiante adquirían otro matiz que, de a poco, empezó a desdibujar la delgada línea que delimitaba mi actividad como trabajadora de campo del rol voluntario que comenzaba a desempeñar. Cuando no divagaba por algún rincón de la casa, tomaba asiento frente a una larga mesa de madera ubicada en la sala de la hemeroteca, donde primaban la lectura, la investigación y la fotografía. Solía sentarme en el coloquialmente llamado lugar del “anfitrión/a” con una panorámica bastante amplia como para observar las actividades que se desarrollaban alrededor.

Acompañada de una libreta muy pequeña que intentaba pasar inadvertida, tomaba nota mientras hojeaba algunos diarios. Una tarde invernal, les hablé de mi trabajo de tesis a los voluntarios y les pregunté por el concepto de cultura. Algunos me recomendaron textos de antropólogos, otros detuvieron la lectura en la que estaban inmersos para darme su propia definición, de forma espontánea, más o menos breve, con o sin ejemplos. No sería pertinente aquí volcar los contenidos de las respuestas, porque el aspecto que busco destacar es la indiferencia que sobresalió por parte de uno de ellos frente a la polifonía general. Mientras el resto intervenía, él sólo escuchaba. Se mantuvo distante y optó por permanecer en silencio unos minutos. Derrochando su habitual simpatía, sonrió y les dijo a sus compañeros: *“No le digan nada, ella lo sabe todo, nos quiere sacar información a nosotros”* (Registro de campo, 68, abogado jubilado, 2015).

Esa invocación que yo interpretaba como cercana a la figura de una espía, me hizo repensar qué estaba haciendo ahí. De algún modo, desnudaba aquello que me movilizaba todo el tiempo: haberme sentido atraída por dar continuidad al registro etnográfico, pese a no haber realizado un pedido formal para hacer trabajo de campo, pero a sabiendas de que los integrantes del lugar no desconocían mi actividad y me invitaban a formar parte de su ritualidad cotidiana. Y no sólo eso: me hacían partícipe de sus chistes en torno a lo que -hipotetizando- creían que podría estar buscando, pues el comentario del voluntario dejaba claro que sabía cuál era la intención de mi pregunta y qué era lo que estaba haciendo.

Reflexividad y proceso de objetivación

De acuerdo con Rosana Guber, el campo “*es construido activamente en la relación entre el investigador y los informantes*” (Guber, 2004:47). En el caso que recuperé anteriormente, el llamado de atención del voluntario con quien había entablado un vínculo de confianza tocó las fibras antropológicas de mi paso por el lugar. Despertó en mí cierta incomodidad que debía problematizar para no convertirla en un malestar traspolable al intento de objetivación de la dimensión vivencial del trabajo de campo. Empecé por preguntarme porqué su comentario me había inquietado tanto, elaborando una rápida respuesta. Su intervención evidenciaba una sospecha sobre mi actividad o, al menos yo, podía inferirla: *una estudiosa de la cultura no necesita preguntarnos a nosotros por ese concepto, la única intención de su pedido es avivar nuestras voces aunque deba hacerlo de manera forzada*⁶.

Esa secuencia me atravesó como un trago amargo porque no pude evitar pensar cómo daría continuidad al registro, entre las sombras sospechosas del diario de campo como una prolongación más de mi disposición corporal. Pero, en realidad, el amargor tenía otro origen: el vínculo que fue gestándose con mis interlocutores. De algún modo, la conversión de estudiante a voluntaria guardaba estrecha relación con este aspecto, porque en mi cabeza comenzó a desdibujarse la delgada línea que delimitaba la frase bautismal “*acá te contamos como una colaboradora más...*”⁷ de mi ojo antropológico.

⁶ Esta es una interpretación personal sobre el comentario del voluntario que recuperé en el apartado anterior.

⁷ Esta frase se desprende de un registro de campo (octubre, 2015).

Sin embargo, ese aparente “desdibujamiento” impulsaba la paradoja de un doble entusiasmo: el de intentar construir conocimiento sin perder de vista un involucramiento que ocurrió a raíz de la prolongación de mis visitas y que, a su vez, iba más allá de una intención analítica.

Cuando me ofrecí por decisión propia para participar de algunas actividades, asumí nuevos aprendizajes atravesados por un encanto personal que se nutrió del cálido trato que recibí por parte de los integrantes de la casa. No podía desligarlo del registro, pero tampoco supeditarlo a esa tarea. Es por eso que la conversión de estudiante-a-voluntaria encerraba un doble esfuerzo de objetivación. Por un lado, el de una acción que implicaba algo más que observar y, por otro, el de la dimensión emocional inherente a la vivencia, aquella que compete a la subjetividad del investigador/a. En este sentido, invoco lo emocional⁸ para destacar su incidencia en la construcción de conocimiento cuando la interpelación a la labor antropológica se encarna en un malestar. Si bien en mi paso por el lugar no transité un rechazo o una situación similar que me obligara a interrumpir mis visitas, sí pude registrar -chiste mediante-esporádicas advertencias que ponían en juego lo que estaba haciendo (o lo que iba a hacer). Ejemplos como el que abre este apartado, o ciertos chistes que enunciaban “*No se te ocurra poner lo que hablamos acá, no estás autorizada*” (Registro de campo, 70, jubilado, 2015) reforzaban el supuesto de que a mis interlocutores también los interpelaba mi actividad.

El dilema era el siguiente: ¿cómo objetivar esa recurrente sensación de incomodidad desde un ejercicio de interrogación analítica? ¿Cómo no personalizarla o no llegar a preguntarme “si he nacido para esto”⁹? La respuesta a ambas preguntas es pensada en clave del concepto de reflexividad entendido como “*entrecruce de intersubjetividades inherentes a todo proceso social*” (Gravano, 2009:96). Hasta aquí he hipotetizado cómo yo creía que mi presencia era recibida por los integrantes del lugar, es decir, no sólo desde un rol de analista, sino desde una relación de *ajenidad* posicionada en mí (como la “otra” de la casa). Lo que subyace a este planteo es una perspectiva relacional del trabajo de campo que toma distancia de la tajante distinción

⁸ Cuando me refiero al concepto de emoción lo hago tanto para referenciar un posible afecto consolidado en un vínculo, como para dejar asentado su valor epistemológico en la producción de conocimiento desde una perspectiva antropológica.

⁹ Ver “El investigador en el campo” (Cap. 5) en *La etnografía. Método, campo y reflexividad* de Rosana Guber (2001). La expresión entrecomillada original es en plural y corresponde al apartado donde la autora introduce el concepto de emoción en relación al trabajo de campo.

entre “objeto” y “sujeto”, predominante en la investigación social clásica sostenida en el objetivismo, o de primer orden, tal como señalan e identifican Pedro Sotolongo Codina y Carlos Delgado Díaz (2006).

En términos amplios, estos autores destacan la no existencia de la oposición sujeto/objeto en lo que llaman *perspectiva reflexivista compleja* (íd., 2006). ¿Cómo puede relacionarse este posicionamiento -proyectado hacia lo interaccional- con el eje de reflexión aquí planteado? Podría decirse que el momento relacional del trabajo de campo etnográfico no sólo se referencia en una necesaria interlocución con los actores, sino en la construcción de *otredad* (Boivin, Rosato y Arribas, 1999) como operación metodológica distintiva del enfoque antropológico. Y, puntualmente, en el lugar que el investigador/a adopta en tal ejercicio desde la puesta en práctica de la *imaginación antropológica* entendida como una competencia concreta de ese mismo enfoque (Gravano, 1995).

Consideraciones finales

Este trabajo procura abrir nuevos interrogantes sobre cómo se viven ciertas instancias de registro empírico planteadas en el marco de una investigación. El deseo de socializar este aspecto registra un antecedente específico: llegada una instancia de evaluación donde desplegué oralmente la parte expositiva del trabajo de campo de mi investigación, una de las observaciones que se me realizó fue que los registros se centraban de forma excesiva en mi propia reflexividad. Aun reconociendo que en la escritura les otorgaba un lugar protagónico a mis propias sensaciones/sentimientos, no pude explicar por qué encontraba la necesidad de ostentarlos. Pese a que esa observación quedó registrada en mi anotador, no regresé a ella hasta que el ejercicio cotidiano de interrogación y construcción de un problema volvió a posicionarme frente a la siguiente encrucijada: ¿los ecos emocionales del trabajo de campo pueden escindirse del análisis?

Aquí he asomado una respuesta negativa a esa pregunta. No obstante, en el caso de prevalecer desde la perplejidad inicial que asume -recuperando el planteo de Guber (2001)- la reflexividad del trabajador/a de campo en los comienzos hasta un involucramiento, ¿cómo pueden objetivarse en el proceso?, ¿son vehículos u obstáculos

en la producción de conocimiento? Con vistas a incorporar estos interrogantes en próximas producciones focalizadas en inquietudes metodológicas, los planteo sobre la base de una recuperación parcial del registro etnográfico. Aquel que para una mirada no antropológica puede resultar anecdótico, pintoresco u ornamental por la minuciosidad del detalle, aunque llamativamente encantador, es a esta inquietud una clave epistemológica para interrogar distintos aspectos del trabajo de campo vivido. Y, en este caso, para mostrar que “Melia Culta” resultó ser para mí algo más que un caprichoso referente empírico.

Bibliografía

- Boivin, M.; Rosato, A; y Arribas, V. (1999). *Constructores de Otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Gravano, A. (1995). “La imaginación antropológica. Interpelaciones a la *otredad construida* y al método antropológico”. En: *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales, Colegio de Graduados en Antropología*. Nº5, año IV. Buenos Aires, pp. 71-91.
- Gravano, A. (2009). “La proyección del enfoque etnográfico hacia la facilitación organizacional en procesos participativos de planificación urbana”. En: *Horizontes Antropológicos*, Porto Alegre. Año 15, n. 32, pp. 81-114.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Guber, (2004). “El trabajo de campo como instancia reflexiva del conocimiento” (Cap. 4). En: *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós. Pp., 47-57.
- Mons, A. (1992). *La metáfora social. Imagen, territorio, comunicación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Sotolongo Codina, P. y Delgado Díaz, C. (2006). *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social*. CLACSO, Buenos Aires, Pp., 62-63.